

LI.

»Llegado á Portugal el mensajero,
La corte aplaudé el caso alegremente:
Quisiera el mismo Rey ser el primero:
Mas el regio esplendor no lo consiente.
Cortesano no hay ya que aventurero
No quiera ser con voluntad ferviente;
Y se juzga tan solo bienhadado,
Quien viene por el Duque designado.

LII.

»Y en la ciudad, modelo de nobleza,
Y que dió á Portugal su nombre eterno,
Manda nave aprestar de ligereza
El que las riendas lleva del gobierno.
Se preparan los doce con presteza
De armas, y trajes, de uso el más moderno,
De caballos, jaeces, y primores,
De bandas, yelmos, letras y colores.

LIII.

»Toman de su Monarca la licencia,
Para partir del Duero celebrado
Aquellos que escogidos por sentencia
Fueron del Duque Inglés tan bien probado:
No hay en la compañía diferencia
Por ginete, por diestro, ni esforzado:
Mas uno que llamábase Magricio
Habla á todos así sin artificio:

LIV.

—«Compañeros de honor, mucho ha que quiero
Andar y recorrer tierras estrañas,
Por ver más aguas que del Tajo y Duero,
Leyes, usos y gentes, y sus mañas;
Y ora que ya este viaje es verdadero
(Pues las cosas del mundo son tamañas)
Pido me dejeis ir solo por tierra,
Que os buscaré despues en Inglaterra.

LV.

» Pues si ocurriere el caso que impedido
Por quien todo lo rige cual le place,
No llegare en el punto instituido,
Poca falta, lo sé, mi falta os hace:
Todos hareis por mí lo que es debido.
Mas si es verdad lo que en mi mente yace,
Rios, montes, fortuna, envidia fea,
No han de impedir que con vosotros sea.»

LVI.

»Dice así, y abrazados los amigos,
Con su licencia, trámites acorta.
Pasa Leon, Castiella, viendo antiguos
Sitios cuyo dominio tanto importa:
Navarra con los montes enemigos
De Pirene, que á España y Galia corta:
Vistas de Francia, en fin, las cosas grandes,
Al grande emporio fue rico de Flandes.

LVII.

»Y allí llegado, ó fuese caso ó maña,
Sin pasar se detuvo muchos dias.
En tanto de los once la compañía
Cortan del Norte al mar las ondas frias;
Y ganando de Albion la costa estraña,
A Lóndres llegan por seguras vias,
Y son del Duque amigo agasajados,
Y de las damas con favor mimados.

LVIII.

Y llega el plázo y dia prevenido
De entrar en liza con los doce ingleses,
Como ya su gran Rey lo ha concedido:
Toman cota, morrion, grevas y arneses;
Ya las damas por ellas ven erguido
El pavés de los bravos Portugueses;
Y ellas de joyas mil ricas y ledas
Órnanse, y de recamos, y oro, y sedas.

LIX.

»Mas á aquella á quien fuera en suerte dado
Magricio, que no viene, asáz le pesa
Vestirse, pues no tiene al que nombrado
Fue por su caballero en esta empresa;
Aunque afirman los once que acabado
Será así el paso ante la corte Inglesa,
Que su gloria las damas recuperen,
Aunque dos ó tres de ellos perecieren.

LX.

»Ya en un sublime y público teatro,
El Rey Inglés se asienta con su corte:
Estaban tres á tres, y cuatro á cuatro,
Por gerarquías, desde Sur á Norte.
Jamás ha visto el sol de Duero á Batro
De esfuerzo y brío y generoso porte
Otros doce salir cual los ingleses,
Al frente de los once Portugueses.

LXI.

»Mastican los caballos espumando
Los áureos frenos, con feroz talante:
En las armas el sol está brillando,
Como en cristal ó rígido diamante;
Y movíase entre uno y otro bando
Ruido sobre el partido disonante
De ir doce á once allí, éuando la gente
A agitarse comienza alegremente.

LXII.

»Vuelven todos el rostro dó se oia
La causa principal del rebullicio;
Y ven á un caballero, que traia
Armas, caballo, y bélico servicio.
Al Rey y damas habla, y compañía
A los once va á hacer, que era Magricio;
Y abraza á los amigos, pues su oferta
Que de cumplir habia, es cosa cierta.

LXIII.

»La dama en cuanto oyó que es el que suele,
Viniendo á defender su nombre y fama,
Se alegra y viste con la piel del Héle,
Que el vulgo más que las virtudes ama.
Ya el eco dando, la trompeta impele
Los belicosos ánimos que inflama:
Espuelas pican, sueltan riendas luego,
Bajan lanzas, la tierra escupe fuego.

LXIV.

»Al pisar de los brutos, que se abaja
Dirás el suelo, y que á tus plantas muge:
El corazon en lo interior trabaja
De gozo y de temór al vivo empuje:
Quién del caballo vuela, que no baja;
Quién á tierra con él, viniendo, ruge:
Quién trocó en rojo el amarillo traje:
Quién la grupa azotó con el plumaje.

LXV.

»De allí alguno sacó perpetuo sueño,
Y un instante bastó para acaballo:
De una parte un corcel corre sin dueño,
Y de otra parte, el dueño sin caballo.
Cae la soberbia inglesa de su empeño,
Que á dos ó tres ya alcanza el triste fallo;
Y aquellos que han buscado el trance rudo,
Hallaron, más que arnés, malla y escudo.

LXVI.

»Gastar palabras en contar estremos
De fieros golpes, crudas estocadas,
Es de esos que del tiempo conocemos
Gastadores, en fábulas soñadas:
Basta por fin del caso que espliquemos
Que con proezas grandes y variadas,
Quedó por nos la palma y la victoria,
Y triunfantes las damas, y con gloria.

LXVII.

»Junta el Duque á los doce vencedores
En sus salas, con fiestas y alegría:
Cocineros emplea y cazadores,
De las damas la hermosa compañía,
Para dar á sus nobles salvadores
Banquetes mil, cada hora, y cada día,
Mientras parar los doce en Inglaterra
Puedan, ausentes de su dulce tierra.

LXVIII.

»Mas dicen que con todo el buen Magricio
Codicioso de ver las cosas grandes,
Apartóse y fue á dar donde un servicio
Notable á la Condesa hizo de Flandes;
Y como quien no es ya ningun novicio,
Mavorte, en todo asunto en que tú mandes,
Mató en campo un francés, que el mal destino
Tuvo allí de Torcuato y de Corvino.

LXXIX.

»De los doce tambien en Alemaña
 Uno tuvo furioso desafío,
 Con un germano astuto, que con maña
 Quiso burlar su honor, con fraude impío.»
 Esto cuenta Velloso; y la compañía
 Le pide que no deje en tal desvío
 A Magricio y Condesa, ni tampoco
 Al que venció al Germano estime en poco.

LXX.

Mas cuando están la historia ya aguardando,
 Ve aquí que el Mestre, que en sus artes anda,
 Toca el pito; y se agitan despertando
 Los marinos de la una y la otra banda;
 Y porque viene el viento refrescando,
 Los rizos de la gavia coger manda;
 Y dice: «Alerta estad, que el viento crece
 De aquella negra nube que aparece.»

LXXI.

Y los rizos no bien toman veloces,
 Cuando estalla la súbita procela:
 «¡Amaina (dice el Mestre á grandes voces)
 Amaina (grita) amaina la gran vela!»
 Mas no esperan que amainen los feroces
 Vientos, que ya la lona rota vuela,
 Convertida en pedazos, con tal ruido,
 Que parece que el mundo es destruido.

LXXII.

Álzase aquí la grito de la gente,
 Del súbito temor el alma yerta,
 Que la vela al volar, la náo pendiente
 Dejó, y de mar henchida la cubierta.
 «¡Alija (gritó el Mestre rudamente:)
 Alija: todo al mar, órden y alerta:
 A la bomba den unos, no parando:
 Apretad, que nos vamos anegando.»

LXXIII.

Y corren los soldados animosos,
 Dando á la bomba, mas su ardor contrastan
 De la mar los balances temerosos,
 Que contra el bordo opuesto los aplastan:
 Tres marinos, de bríos poderosos,
 A manejar la caña ya no bastan:
 Trabes la ponen de una y otra parte,
 Sin que de hombres alcance fuerza y arte.

LXXIV.

Tales los vientos son, que no pudieran
 Mostrar más fuerza de ímpetus crueles,
 Si á la sazón que derribar tuvieran
 Dos torres de fortísimas Babeles.
 En los mares, que altísimos crecieran,
 El pequeño grandor de unos bateles
 Muestran las grandes naos, y da espanto
 De ver cómo en las olas duran tanto.

LXXV.

La mayor en que está Pablo de Gama,
Roto el palo maestro, va contino
El mar tragando ya: la gente clama
Á Aquel que á nos salvar á todos vino.
No menos gritos de doquier derrama
La nave de Coello, ya sin tino,
Con quien el Mestre tuyo tanto tiento,
Que antes amáina que estallara el viento.

LXXVI.

Ora junto á las nubes los subian
Las ondas de Neptuno furibundo:
Ora á tocar dirás que descendian
Las íntimas entrañas del profundo.
Noto, Austro, Bóreas y Aquilon querian
Fieros romper la máquina del mundo:
La noche oscura y fea se alumbraba
De rayos con que el polo se inflamaba.

LXXVII.

Las aves de Alcion su triste canto
Junto á las bravas costas despidieron,
Al recordar aquel pasado llanto,
Que las aguas furiosas les trajeron:
Los delfines amantes entre tanto,
En las cuevas marítimas se hundieron,
De la borrasca huyendo, y vientos duros,
Que ni allí les permite estar seguros.

LXXVIII.

Nunca tan vivos rayos fabricára
Contra el ciego furor de los gigantes
El que del entenado bien forjára,
Gran herrero, las armas rutilantes,
Ni tantas el gran Júpiter lanzára
Á la tierra centellas fulminantes,
En el diluvio que tan solo huyeron
Los que en gente las piedras convirtieron.

LXXIX.

¡Cuántos montes entonces derribaron
Las ondas que batian denodadas!
¡Cuántos árboles viejos arrancaron
De los vientos las furias desatadas!
Las violadas raices no pensaron
Que fuesen nunca al cielo reviradas,
Ni las hondas arenas que pudiese
Tanto el mar, que sobre él las revolviere.

LXXX.

Vasco de Gama, al ver que tan de cierto
El fin de su deseo se perdía,
Viendo el mar, ora hasta el infierno abierto,
Ora que hasta los cielos se subía,
Confuso de temor, de vida incierto,
Pues que ningun remedio le valía,
Á aquel remedio acude venerando,
Que puede lo imposible, así esclaman

LXXXI.

«¡Oh celestial Autor de cuanto existe,
Que mar, y tierra, y cielo, señoréas!
Tú, que á todo Israel refugio diste
Por mitad de las aguas Eritréas:
Tú, que á Pablo libraste y defendiste
De sirtes arenosas y ondas feas,
Y con su grey guardaste á aquel segundo
Poblador de anegado y vácuo mundo:

LXXXII.

»Si tengo muchos trances peligrosos
De Caribdis y Scilas ya pasados:
De otras Sirtes, y bajos arenosos,
De otros Acroceraunios dominados,
Al fin de tantos riesgos trabajosos,
¿Por qué somos de Tí desamparados,
Cuando esta empresa nuestra no te ofende,
Sino que solo á tu servicio tiende?

LXXXIII.

»¡Oh dichosos aquellos que pudieron,
Entre las duras lanzas Africanas
Morir, mientras que fuertes sostuvieron
La Fe santa en las tierras Mauritanas!
Que de ellos grandes hechos se supieron.
De ellos quedan memorias sobrehumanas:
Y la vida ganaron sin perdella,
Dulce haciendo la muerte el honor de ella.»

LXXXIV.

Esto al decir, los vientos, que luchaban
Como toros indómitos mugiendo,
Más y más la tormenta acrecentaban,
Por las menudas jarcias recrugiendo:
Los relámpagos vivos no cesaban,
Y el trueno avisa que se están ya haciendo
Los elementos entre sí la guerra
Y el cielo va á caer sobre la tierra.

LXXXV.

Mas la amorosa estrella al fin lucia
Por delante del sol, al horizonte;
Y mensajera plácida del dia,
Visitaba la mar, la tierra, el monte.
La diosa que en los cielos la regia,
De quien huye el signífero Oriente,
En cuanto vió la mar y cara armada,
De miedo y rabia á un tiempo fue asaltada.

LXXXVI.

«Obras estas de Baco son, de cierto,
(Dijo) mas no será que avante lleve
Tan dañada intencion, que descubierto
Me será siempre el mal á que se atreve.»
Y baja en el instante al mar abierto,
Gastando en el camino espacio breve,
Y allí manda á las ninfas amorosas
Que ornen sus sienes de fragantes rosas.

LXXXVII.

Ceñidas de guirnaldas de colores,
Sobre cabellos áureos á porffa,
¿Quién no dirá que nacen rojas flores
De el oro natural que allí las cria?
Ablandar determina con amores
De los vientos la horrenda compañía,
Mostrándoles las caras ninfas bellas,
Que peregrinas vienen más que estrellas.

LXXXVIII.

Y así fue; porque luego que llegaron
A sus ojos, al punto desfallecen
Las fuerzas con que de antes batallaron;
Y parece que humildes ya obedecen,
Y que los pies y manos les ataron
Los cabellos, que al sol mismo oscurecen:
Y á Bóreas, á quien tanto ella quería,
Dícele así la angélica Oritfa:

LXXXIX.

«No creas, fiero Bóreas, que te creo
Que me tuviste nunca amor constante:
Que señal es de amor más blando arréo,
Y no es propio el furor de fino amante;
Si pues no pones fin á horror tan feo,
No aguardes más de mí que en adelante
Te pueda ya querer, sino temerte,
Que amor contigo en miedo se convierte.»

XC.

Asimismo la hermosa Galatéa
Decia al crudo Noto, que bien sabe
Que dias há que en verla se recrea,
Y hoy quiere que con él todo se acabe;
Y él no sabe si tanta dicha créa,
Y el contento en el pecho no le cabe
De ver que ya su amada le procura;
Que luego será blanda, si hoy es dura.

XCI.

De igual arte las otras amansaban
De súbito á los otros amadores;
Y á Vénus bella luego se entregaban,
Amansados la fuerza y los furoros;
Y ella les prometió, viendo que amaban,
Sempiterno favor en sus amores;
Y en sus manos de rosa el homenaje
Toma de su lealtad en aquel viaje.

XCII.

Ya daba el alba clara en los oteros
Que fertiliza el Ganges y el sol dora,
Cuando desde el gavion los marineros
Divisaron la tierra por la prora.
Pasados la borrasca y mares fieros,
Ya ningun miedo el pecho les azora;
Y alegre dice el nauta Melindaño:
Tierra de Calecut, si no me engaño.

XCIII.

«Esa tierra que allí la atención llama,
Es la que vuestro afán tanto apetece;
Y si del mundo más ya no reclama,
Vuestro largo trabajo aquí fenece.»
No puede entonces contenerse Gama
De gozo, en ver que la India le aparece:
Y altos los brazos, y la vista al suelo,
Favor tan alto le agradece al cielo.

XCIV.

Daba á Dios gracias, y razón tenía;
Que no solo la tierra le mostraba
Que buscado con tanto riesgo había,
Por quien trabajos tantos afrontaba;
Sino que liberto se veía
De muerte, con que el mar le amenazaba
De los vientos alzado el duro empeño,
Como quien despertó de horrible sueño.

XCV.

Por medio de estos hórridos castigos,
De estos graves trabajos y temores,
Alcanzan los que son de fama amigos,
Las honras inmortales y mayores:
No cobijados siempre en los antiguos
Troncos de sus insignes genitores:
No en los dorados lechos, ni entre finas,
De Moscovia cubiertas Zibelinas:

XCVI.

No con manjares nuevos y esquisitos,
No con paseos plácidos y ociosos,
No con varios deleites infinitos
Que afeminan los pechos generosos:
No con nunca vencidos apetitos
Que la fortuna tiene, tan mimosos,
Cuerpo vil, que no dejan que te mudes
Para ocasión ninguna de virtudes:

XCVII.

Sino con aspirar con fuerte brazo
A honor, del propio honor con las ayudas,
Vistiendo el duro arnés sin embarazo,
Sufriendo tempestades y ondas crudas:
Venciendo yerto frío, en el regazo
De regiones de abrigo y sol desnudas:
Tragando el alimento ya podrido,
Con el tormento y el dolor cocido:

XCVIII.

Y el corazón forzando, que se enfria,
A esperar bien seguro, alegre, entero,
El globo que encendió la saña impía,
Y lleva pierna ó brazo al compañero.
De ese arte el pecho humano callo cria,
Despreciador de rango y de dinero,
De dinero y favor que la ventura
Forjó, que no virtud costosa y dura.

XCIX.

De ese arte se esclarece el pensamiento,
Que hacen las experiencias contenido;
Y vé de allí, como desde alto asiento,
El bajo trato humano retorcido.
El que obre así, con alto y recto intento,
Y no de otros afectos poseído,
Subirá (como debe) á escelso mando,
Contra su voluntad, y no rogando.

FIN DEL CANTO SESTO.

LOS LUSIADAS.

—
CANTO SÉTIMO.